

Noticias del inframundo

Llàtzer Moix



Menudo revuelo ha causado esta semana la noticia sobre una funeraria valenciana donde roban cadáveres y los vendían a la universidad, a 1.200 euros la pieza. Los cadáveres eran de personas sin dinero, en ocasiones víctimas de una demencia que les impedía entender los documentos que firmaban. Los ladrones que los reducían a mercancía vendible lo hacían abusando de su desgracia. A modo de guinda, a veces se deshacían de despojos sobrantes metiéndolos de tapadillo en ataúdes de otros difuntos. El revuelo es, pues, comprensible.

El adjetivo *macabro* ha sido empleado con largueza para calificar los hechos. Pero quizás se quedaría corto para describir prácticas similares consolidadas en otros países. La BBC publicó en el 2017 una investigación en la que afloraba el negocio de la venta de partes de cadáveres en Estados Unidos. Tan solo unos datos, para hacer boca: una empresa de Arizona persuadió a unas 5.000 personas necesitadas para ceder su cuerpo, por una cantidad que luego podía multiplicar vendiéndolo a trozos: un pie a un ortopeda, unos genitales a la universidad, una columna vertebral para un experimento del ejército. O una femoral por 65 dólares, un hígado por 607, un cuerpo entero por 5.900. (Me pregunto: ¿por qué se cotizan más los fiambres norteamericanos que los españoles, pa-

gados solo a 1.200?). Al registrar los congeladores de la empresa, la policía halló diez toneladas de carne y huesos sin destino. Dicha empresa se describía como banco de tejidos no trasplantables. Otros la denominaban el *broker* de cadáveres.

Hay que ver cómo ha cambiado lo de donar el cuerpo a la ciencia. Lo que solía presentarse como un último acto de generosidad del finado –o de tacañería, si pretendía ahorrarse el entierro– puede ahora dar paso a una transacción comercial, en la que el proveedor del producto deja de controlarlo. El donante final ya no es, pues, generoso o tacaño, porque quizás sea quien se lucra con el cuerpo, despiezado y colocado al por menor en universidades y demás.



El temario de la cultura clásica gana truculencia en manos de la cultura de masas

El historiador Philippe Ariès documentó en *El hombre ante la muerte* (1977) la paulatina conversión del último tránsito en un tema tabú. Sin embargo, los muertos siguen ganando visibilidad. Por ejemplo, en la industria del entretenimiento. Desde el estreno de *La noche de los muertos vivientes* (1968), de George A. Romero, y sobre todo desde el cortometraje *Thriller* (1984), rodado por John Landis para Michael Jackson, el subgénero de terror zombi ha vivido una

etapa feliz en el cine, el videojuego y otros soportes. Los cadáveres demacrados y andrajosos pueblan las pantallas. En la serie *Six feet under* (2001), los muertos, estos bien vestidos, interactúan con los vivos, como si nada. Y, cuando la inteligencia artificial lo quiera, las estrellas de Hollywood difuntas desde hace decenios protagonizarán nuevas ficciones, doblemente ficticias.

La noticia valenciana me ha sorprendido mientras leía *Catábasis: El viaje infernal en la Antigüedad* (2023), un ensayo de Miguel Herrero de Jáuregui sobre el Hades en la cultura clásica. Etimológicamente, Hades procede de *a-idēs*, lo invisible. Porque el Hades –vulgo, la morada de los muertos, el inframundo, el Allende, etcétera– era un lugar al que, en sintética definición de Anacreonte, se bajaba, pero del que no se volvía. Y cuya descripción fidedigna a cargo de un vivo exigía por tanto gran imaginación. Pongamos por caso, presentándolo como una caverna llena de murciélagos –de hecho, almas– que chillaban de continuo, quejosa y eternamente.

En la antigüedad, el futuro post mortem –si se admite el oximoron– solía orbitar alrededor de tres ideas: el culto a los muertos, la gloria inmortal y la idea de la muerte como viaje. Así abordaron la mitología, la filosofía, la literatura o el teatro clásico un temario que en manos de la cultura de masas gana truculencia. En cualquiera de dichos géneros se consideraba que a los muertos había que enterrarlos bien. Porque con un buen RIP (descanse en paz) se les facilitaba el tránsito y se evitaba que se perdieran y acabaran apareciéndose a sus deudos, asustándoles mucho... Pero, hoy en día, se les da cancha en el cine. O se los vende troceados, como si fueran fruta, para ganar un dinerito. No quisiera estar en la piel de esos muertos. ¡Ni en la de sus deudos!●

‘Delulu’ sin juicio

Sandra Barneda



Cómo piensa la generación Z? ¿Qué cosas les interesan? ¿Cómo se expresan o relacionan? No dejo de leer artículos sobre ellos o noticias con la intención de enmarcarlos en un *lifestyle* o modo de consumo y vida. Conceptos nuevos aparecen sacados de expresiones utilizadas en TikTok, la red social más común entre los Z o ya bautizados como *centennials*. Curioso me parece el último término: *delulu*. O mejor dicho: “Ser delulu es la solulu”. El nuevo mantra de los Z que invita a encarar la vida con positivismo aunque las metas parezcan imposibles.

Cabeceras respetables como *The New York Times* o *The Guardian* y la propia *La Vanguardia* han llenado titulares con el empeño de entender la nueva filosofía de una generación que está mucho más en el *flow* y en trabajar para vivir que para trabajar. Algunos se empeñan en gastar líneas que alertan de los peligros de esta

Volvemos a caer en el error de mirar a la generación Z con lupa y con desconfianza

nueva filosofía *delulu* como un autoengaño de los jóvenes, falso positivismo que escondería una autoestima baja. Podría ser, pero repasando la historia vemos que otras generaciones anteriores han creado filosofías de carácter escapista para luchar con la realidad que tenían que convivir. Me viene a la cabeza el famoso *flower power*: los jóvenes de finales de los sesenta y principios de los setenta, rebelándose contra un mundo de guerras y tratando de imponer un “Haz el amor y no la guerra” como símbolo de la no violencia en todos los casos. Incluso tuvieron su canción –*All you need is love* de The Beatles– para ir contra un sistema que los apretaba y ahogaba.

Con los *centennials* ocurre algo parecido: tienen problemas para encontrar una vivienda digna, incluso un trabajo en condiciones, y con la era digital las relaciones interpersonales han cambiado a tal velocidad que los que no hemos nacido en esa era tenemos serias dificultades para entender.

Ante la necesidad de conectar y entender a la generación Z, en definitiva, a los jóvenes de entre 18 y 28 años, volvemos a caer en el mismo error. Mirarlos con una lupa, en muchos casos, de forma prejuiciosa y desconfiada. Pensar en el caos, en el desastre, en el horror y no en el movimiento y la transformación de una generación que, por ser los primeros en haber nacido en la era digital, marcan el primer gran corte social en generaciones. El futuro es de ellos y debemos aprender más de ellos que juzgar.●

El gato duerme y el mundo baila

Ramon Rovira



Cuando el gato duerme, los ratones bailan. En geopolítica, cuando la superpotencia se despista, los dictadores se multiplican. A los EE.UU. de Joe Biden se les amontonan los conflictos internacionales en pleno año electoral, e incapaces de dar respuesta a tantos frentes al mismo tiempo, multiplican una gestualidad estéril. La consecuencia es una proliferación de populismos y dictadorzuelos que, desde África hasta Centro y Sudamé-

rica y Asia, van socavando la democracia y las libertades. No es casual la expansión de la extrema derecha, los golpes de Estado militares en África y políticos en América Latina o el resaca del fascismo en Europa. Sin duda, las victorias primarias de Donald Trump en Iowa y Nuevo Hampshire son un aldabonazo de lo que nos espera si el corrupto magnate vuelve a la Casa Blanca, una posibilidad nada remota ante la falta de energía de su avejentado adversario para gestionar el timón del planeta.

En Oriente Medio la guerra entre Israel y Hamas ha abierto la caja de Pandora de viejos y nuevos conflictos que abarcan Armenia, Azerbaiyán, Pakistán, Irán, Yemen, Líbano, Gaza, Cisjordania, Israel, Irak, Siria y la región del Kurdistán. Un polvorín intercomunicado que ha puesto en jaque la economía mundial al bloquear el paso de mercantes por el mar Rojo.

Mientras Corea del Norte rompe con su

política de unidad con el Sur y enseña unos dientes nucleares pavorosos, Rusia avanza con impunidad en Ucrania. En el Sahel, sargentos chusqueros compiten en Mali, Burkina Faso o Níger en una guerra fría del siglo XXI, expulsando las tropas occidentales y abrazando a los mercenarios a sueldo de Moscú. Latinoamérica se balancea entre el comunismo rancio de Venezuela, Cuba y Nicaragua y el populismo de Milei en Argentina o Bukele en El Salvador.

Este panorama desolador coincide con la lucha a brazo partido de las potencias que se disputan el primer puesto del podio, EE.UU. y China. Los achaques económicos del doble sistema chino han abierto una disputa que parecía decantada a su favor. Pero la batalla será larga y el deterioro de los valores democráticos y la pérdida de fe de los ciudadanos occidentales en sus dirigentes augura lo peor. ¿Y Europa? Como siempre, ni está ni se la espera.●